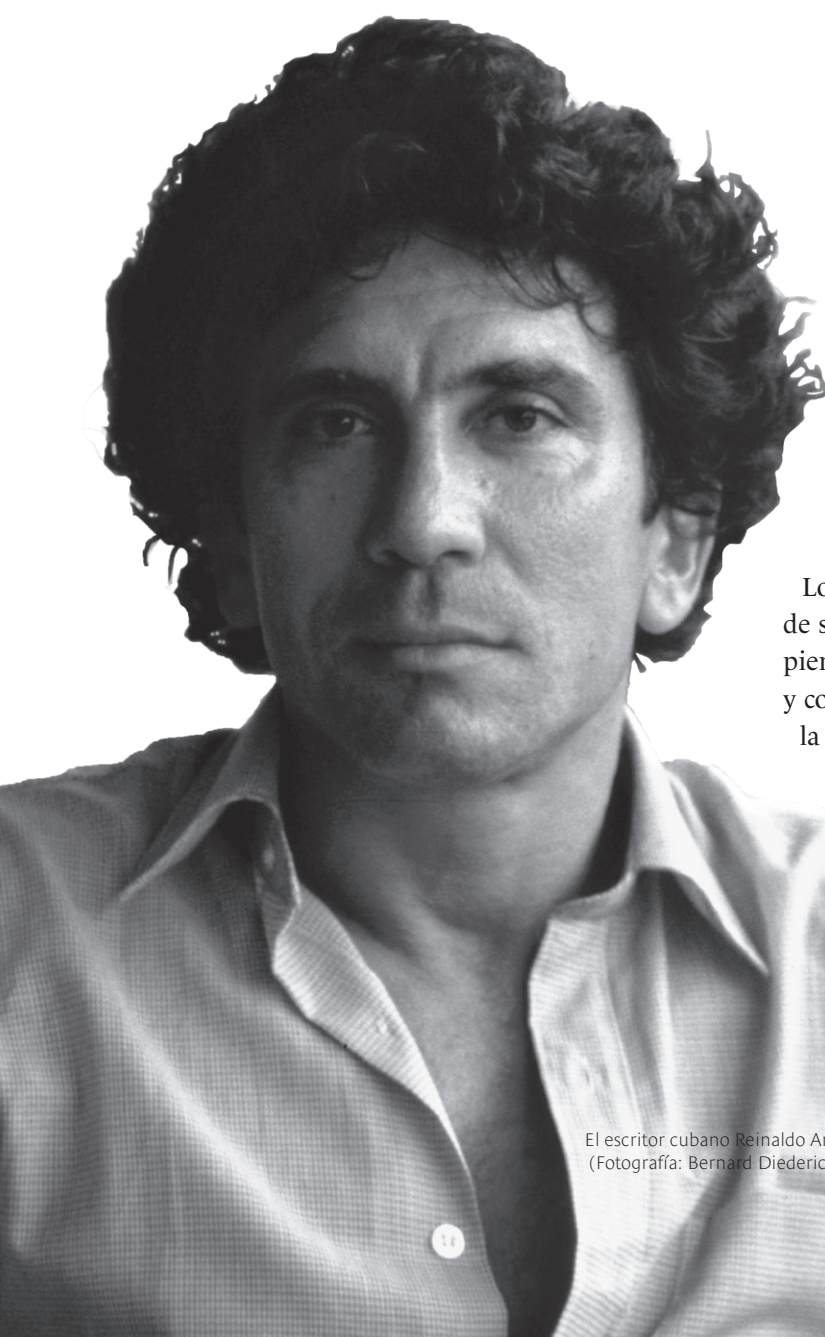


# Escribir para no olvidar el gesto que renace

Brenda Ríos

*Escribí infeliz pero viví a capa y espada*  
ANNE SEXTON

A black and white portrait of Reinaldo Arenas, a Cuban writer, with dark, curly hair, looking directly at the camera with a serious expression. He is wearing a light-colored, button-down shirt.

HAY QUIENES ESCRIBEN SIN PODER DILUIR la vida personal, la experiencia de lo real vinculada a la ficción. Se abre el telón y no es el actor que dispara, es un-autor-que-es-el-personaje-que-es-el-autor y la confusión es doble: para el público y para él mismo. Lo que escribe puede no ser él/ella, lo que piensa puede ser un juego, lo que dice que piensa, lo que finge que piensa. La ventaja de los escritores que cuentan su vida tal y como acontece es que uno puede ver ahí la confesión y la revelación, a pesar del disfraz literario.

Hay también quienes pasan por el mundo como fantasmas: aun si vivos, anuncian la muerte venidera, no la muerte que está en todos nosotros, habitantes efímeros, sino una muerte más presente, tanto así que la vida no puede separarse de ella. Una

El escritor cubano Reinaldo Arenas en Miami, Florida, en 1983  
(Fotografía: Bernard Diéderich / Time Life Pictures / Getty Images)

muerte hecha escritura, bosquejo y escenografía para cuando abandonen el día que es la vida y marchen a la oscuridad nocturna de la que no saldrán. Escritores que no se conformaron con escribir, porque buscaban en ello no el alivio sino una salvación. Pero la escritura no puede salvar, sólo ser testigo. Como a Virginia Woolf, a Anne Sexton, a Sylvia Plath y a Alejandra Pizarnik, la muerte fue el silencio, la ausencia de lenguaje, el último gesto antes de dormir. Su obra no es una carta de suicidio como pudiéramos pensar, ni carta de despedida o de expiación. Su obra es la única, luminosa, evidencia de su paso en el mundo, con alas oscuras y ojos brillantes de animal que va a morir.

Pienso en dos escritores, Reinaldo Arenas (Cuba, 1943-1990) y Caio Fernando Abreu (Brasil, 1948-1996). Ambos homosexuales, ambos murieron de sida. Asuntos periféricos, podríamos decir, pero en ellos no lo es. Son postulados políticos: la condición sexual y la enfermedad, y en el caso especial de Arenas, la rebeldía y la paranoia, frente a la Revolución Cubana y el monstruo que lo acecharía en los sueños y en la vida: Fidel Castro. La escritura, en ambos, se volcará sobre el cuerpo, la insatisfacción amorosa, la visión política de sus lugares de origen.

“Sargento García”, incluido en el libro de cuentos *Morangos mofados (Fresas mohosas)*, de Caio Fernando Abreu, habla de la relación homosexual con un sargento en plena dictadura en Brasil. Fue el sargento quien sedujo al joven soldado. La relación de poder no es sólo de orden sexual sino de jerarquía social: un militar, además, el máximo poder. La seducción comienza por el miedo, la humillación y luego la redención del acto sexual, como si éste fuera la disculpa de todo lo que sucedió antes, la ofrenda después del maltrato. Aun así, cuando el personaje se entrega, pierde, no hay modo de ganar, ni en el ejército, ni en el amor. Es la premisa. La insatisfacción se vuelve de otra índole: intelectual y espiritual, eso estará en la mayoría de sus personajes que, podemos notar, es él, el autor. Abreu, heredero de la forma introspectiva lispectoriana, llega a un extremo de impudor, sobrepasar los límites de la confesión lo hace más misterioso: entre más revela más oculta pues juega a esconderse en los lugares evidentes. El

testimonio es la palabra, dictar a la página antes que caiga la noche, de eso se trata.

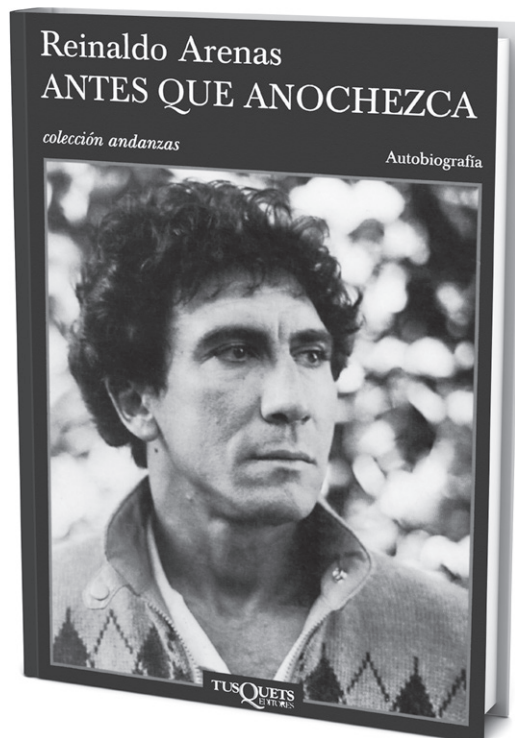
Las crónicas y cuentos de Abreu (*Caio 3D, O esencial da década de 1970, 1980, 1990*) son un desahogo sentimental y político. Lo sentimental como constructo político: toma una postura, defiende, ataca, muestra. El método: la sobreexposición. La escritura llega a extremos de la autocompasión pero la honestidad lo salva. No es un panfleto sentimentaloides, es un hombre soltando todas esas palabras que lo forman de pies a cabeza, sin modestia, como si el lector fuera en un momento dado su mejor amigo y él puede llegar a ser cruel y tonto porque sabe que será perdonado. El escritor es el testigo, el “Yo estoy aquí, ahora, no sé mañana pero ahora estoy aquí”. Y mientras sigo, escribo. Porque escribir es pensar, es un asunto de diálogo falso, un monólogo absurdo, una confesión en voz alta en plena oscuridad.

*Antes que anochezca*, por otro lado, es una novela autobiográfica, centrada en la persecución de que fue objeto Arenas. La versión cinematográfica (Julian Schnabel, 2000) se enfoca en el personaje marginado, homosexual, limitando la visión de un personaje/autor mucho más complejo y rico que eso. En *Antes que anochezca* Arenas menciona que escribió una novela tres veces, de memoria, por haberla perdido mientras huía de sus perseguidores. También a los paranoicos los persiguen, y esa persecución lo haría cambiar su apellido y aprovechar el éxodo de Mariel para huir a Nueva York, donde moriría en 1990, por mano propia. Esa novela que reescribió de memoria era *Otra vez el mar*, ahí se aprecia la prisa, la escritura delirante, construida desde la fiebre, la angustia, la alucinación de que en cualquier momento irían por él. Escribir, como vomitar, es limpiar el cuerpo de lo dañino. El sexo, para el narrador de *Antes que anochezca*, era una serie de números: cuántos cuerpos cabían en él o viceversa, miles, cuenta ahí. No es el amor lo que busca, es el sexo en sí, en su practicidad, y en la salida aparentemente fácil que ofrece. Murió de exceso, podría decirse. Lo que lo mató parecía castigo por su promiscuidad, el sida, como se conocía entonces, parecía responder a los ruegos de los conservadores y ser el justiciero para la homosexualidad, la enfermedad del amor. En una crónica que escribió

Abreu sobre Arenas cuenta que leyó la novela y que no había sufrido tanto por un libro, que recomendaba que lo leyeran quienes “no tuvieran miedo de la verdad y del dolor”.<sup>1</sup> Esa crónica parece una premonición, Abreu está conmovido por el suicidio de Arenas y él morirá años después por la misma causa.

Pienso también en dos escritoras norteamericanas, ambas Premio Pulitzer de Poesía, compañeras y amigas del mismo taller literario: Anne Sexton y Sylvia Plath. Sus poemas de la muerte, el cuerpo, lo doméstico y lo abyecto, las hermanaría. Muchos de los poemas de Sexton buscan provocar, o quizá no, quizá es sólo que escribe lo que quiere escribir: la masturbación, el adulterio, la menstruación, el aborto, la maternidad, temas que no son comunes, pese a su condición de evidencia natural. Sexton escribe largos poemas como salmos y diatribas del mundo femenino, con una verdad poderosa: no la verdad del género (mujer que ostenta el poder) o del poder del hogar, sino la verdad de un desahogo dramático, impúdico, salvaje: “Ya que lo preguntas la mayoría de los días no puedo recordar/ camino con la ropa puesta, sin marcas por ese viaje./ Entonces la casi innumerable lujuria regresa./ Incluso entonces no tengo nada contra la vida./ conozco bien las hojas de hierba que dices,/ el mobiliario que has puesto bajo el sol./ Pero los suicidas tienen un lenguaje especial./ Como carpinteros quieren saber qué herramientas./ Nunca preguntan por qué construir/ Dos veces me he confesado de manera sencilla,/ he poseído al enemigo, he comido al enemigo;/ he tomado su oficio, su magia”.

Si los poetas escriben sobre el suicidio, ¿qué pretenden?, ¿hablar con ellos mismos?, ¿contárselo a alguien más?, ¿pensar razones?, ¿excusar despedidas? Son acaso más valientes porque enfrentan la muerte con su vida entera, o se rinden sin haber luchado lo suficiente. La muerte voluntaria es polémica. En *The Bell Jar*, su novela autobiográfica, Plath cuenta su intento de suicidio y cómo fue rescatada. Cada rescate es un fracaso. La traen de vuelta contra su voluntad: *Lady Lazarus*, el poema de sus tantas vidas: “Pronto, pronto la carne que



la fosa consumió,/ estará en mí como en su hogar./ Y yo seré una mujer sonriente/ Sólo tengo treinta./ Y como el gato tengo nueve muertes./ Esta es el número tres/ Qué manera de tirar a la basura/ Cada década”. Al final del poema confiesa: come hombres como aire. Un cuento de fantasmas, eso es su escritura, el alimento no duró mucho tiempo.

Los escritores testimoniales no quieren eximirse por la escritura. No buscan cómplices en el lector. Si no fuera por el trabajo de lenguaje, serían acaso meras fotografías en blanco y negro de una realidad congelada. La intención es estética, es literatura mientras el problema de cualquier índole pueda ser representado y convertido en símbolo, no de una vida en sí, sino de la vida de varios. El escritor es muchos y sus vidas ocurren al mismo tiempo. El problema es universal. La vida íntima que duele es, por ello mismo, una verdad que rebasa la simulación literaria. El asunto es de orden ético: hablar del suicidio no es asumir el suicidio, no es un llamado de ayuda, es algo que se tiene que escribir, como las razones sentimentales, como el despecho, como la vergüenza. Llenos de valor, el autor y el lector comparten una misma intimidad, y tratan, dentro de lo posible, de hallar en el otro algo de sí mismos. ■

<sup>1</sup> Publicado en *O Estado de São Paulo*, 27-11-1994